



EL SANTUARIO DE CHALMA

A D. Augusto Genin.

El pueblecillo de Chalma, ¹ hoy Chalmita, por haberlo empequeñecido la magnitud del santuario que se eleva en su término y le debió su nombre, ² perteneció a la época prehispánica al cacicazgo de *Ocuilan*, (lugar de gusanos). ³

Sahagún nos dice que los ocuiltecas habitantes de la región "son de la misma vida y costumbres que los Toluca (matlazincas), aunque su lenguaje es diferente", ⁴ cuya opinión conviene con la de Fray Juan de Grijalva, Prior del Convento de Malinalco y Cronista de su Orden, gran autoridad, por tanto, en la materia, quien asienta que el ocuilteca "es lengua singular de aquél pueblo y de solo ocho visitas (es decir, poblaciones, entre las que figura Chalma) que tenía sujetos a sí y así somos solos (los agustinos de los Conventos de Malinalco y Ocuila) los que la sabemos". ⁵ Sin embargo, la mayoría de los filólogos modernos, con fundamento en razones de índole histórica y geográfica, lo han supuesto dialecto de la lengua matlazinca, sin que haya posibilidad de comprobarlo al presente, pues lengua y dialecto han cedido el campo al azteca, al otomí y al español. ⁶

1 El Santuario de Chalma y el pueblo de Chalmita distantes de México al rededor de 28 leguas, se hallan situados en la ladera de la profunda barranca de Ocuila, que corre de NO. a SO. limitando el cerro de Cempoala, última estribación de las montañas de Huitzilac, del sistema del Ajusco.

2 "Relación Histórica y Moral de la portentosa Imagen de N. Sr. Jesucristo Crucificado, Aparecido en una de las cuevas de San Miguel de Chalma, etc. por Fr. Joaquín Sardo—1810" Nota primera.

3 "Papeles de Nueva España—Suma de visitas de pueblos—Troncoso, Tomo I Pág. 166.

4 Historia General de las Cosas de la Nueva España --Edición Bustamante—Tomo III. Pág. 130.

5 Crónica de la Orden de N. P. S. Agustín en las Provincias de la Nueva España. Edad II. Cap. VIII, Fol. 75.

6 Itinerario Parroquial del Arzobispado de México y Reseña Histórica, Geográfica y Estadística de las Parroquias del mismo Arzobispado—Fortino Hipolito Vera, Amecameca 1880—Pág. 35.

Los matlazincas, según opina Orozco y Berra, ¹ "Vinieron del Norte en compañía de algunas tribus de la familia nahóa (con anterioridad, sin duda, a los aztecas, como podemos inferir de la situación de los aztecas de Malinalco) y se asentaron en el Valle de *Tolocan*—Toluca—extendiéndose al Oeste hasta *Tlavimaloyan*—Tajimaroa—frontera con el Reyno de Michoacán: *Tolocan* fué su ciudad principal y en el Valle vivían confundidos con los otomíes." Por lo que hace a los ocuiltecas, que colindaban desde su establecimiento en la región, tal vez, con los tlahuicas, hubieron de ceder terreno a los aztecas fundadores de Malinalco, grupo disgregado del núcleo principal que peregrinaba hacia el Valle de México, ² quedando en consecuencia, comprendidos entre pueblos de filiación náhoa; en tal virtud y aun considerándolos una rama de los matlazincas, nada tiene de remoto que sus lenguajes se separaran tanto, que dejaran de presentar a Sahagún y a Grijalva vestigios de parentesco, por haber recibido de una manera poderosa y constante, influencias del otomí y del nahuatl respectivamente; cosa bien fácil, puesto que el P. Guevara, en el prólogo de su gramática, nos dice que el matlazinca se "habla en unas partes diferente que en otras y las mujeres en lo más" (principalmente).

La primera vez que el señorío de *Ocuilan* figura en la historia de las naciones indígenas, es como lugar de refugio, buscando sin duda por lo abrupto de su territorio, de *Maxtlaton* y de los tepanecas y colhuas derrotados por el ejército de *Ixcóatl*. ³ Años más tarde, en los últimos del reinado del propio monarca, y en ocasión de la guerra de los aztecas, acolhuas y tepanecas, aliados ya, contra *Cuauhnáhuac*. (Cuernavaca), *Itzcóatl* con los *mexica*, que habían hecho, sin duda, reconocimientos del terreno según su costumbre, en la anterior contingencia, escogieron los difíciles senderos de *Ocuilan* para atacar por Occidente la ciudad enemiga, con cuyo ardid consiguieron el triunfo. ⁴

Éstos datos nos hacen suponer que el cacicazgo de *Ocuilan* no era lo suficientemente poderoso para guardar su soberanía contra los grandes guerreros del Valle de México, y ni aun siquiera contra sus vecinos del Valle *Matlazinca*, pues más tarde los vemos formar parte del señorío de *Tenantzínco*, cuya jurisdicción llegó a abarcar a *Tenango*, *Calimaya*, *Tepenaxcalco* y *Malinalco*, los principales lugares de la región. ⁵

En la matrícula de los tributos del llamado Códice Mendocino ⁶ figura *Ocuilan* entre las conquistas de *Axayácatl* y aparece con la obligación de entregar anualmente al imperio mexicano ochocientas mantas de henequén y cuatrocientas de algodón, labradas, cuatrocientas de henequén blanco sin

1 Geografía de las Lenguas de México. Pág. 240.

2 Códice Ramírez. Pág. 24. Crónica Mexicana Tezozómoc. Pág. 227—Edición Vigil—Historia de las Indias de Nueva España. Durán Tomo I. Pág. 25. Ed. Ramírez.

3 Durán. Pág. 86—Tezozómoc. Pág. 267.

4 Torquemada. Lib. II. Cap. XLII. Pág. 249.

5 Relación de Atlatlauca por el Corregidor Gaspar de Solís—1580—M S. en poder del señor García Pimentel.

6 Sahagún, Edición Troncoso, Fols. 10 y 34.

dibujo, una armadura con penacho de plumas preciosas y veinte con plumas comunes, un escudo adornado con plumas preciosas y veinte con plumas comunes, dos mil panes de finísima sal destinados a los nobles y cuatro trojes de maíz, frijol, huautli y chian respectivamente.

Tezozómoc ¹ y Durán ² nos refieren que el tiempo de *Axayácatl*, (años de 1469 al 1481,) *Tezozomocli*, Señor de *Tenantzínco*, pidió a los aztecas ayuda contra los señores de *Tolocan* y *Mallazínco*, *Chimaltecuhtli* y *Chalchihquianh*, sus vecinos. *Axayácatl*, se la otorgó y con pretexto de que no habían querido contribuir con materiales para uno de los edificios del Templo Mayor, que a la sazón se construía, invadió el Valle, asaltó Toluca y "llegados al templo que estaba en el principal lugar, quitaron el Ydolo, que se llamaba *Coltzin* y le pegaron fuego asi como solian" (Durán). Lo propio hicieron con las poblaciones y cacicazgos que habían tomado partido con los matlazincas, en cuyo caso pudo estar *Ocuilan*, seguramente resentida por los atropellos que habían sufrido de los aztecas, y como podría inferirse del hecho de que en tiempo de *Axayácatl* comenzó a pagar el tributo; pero la circunstancia de que en Matrícula aparezca también *Tenantzínco*, el aliado en la ocasión de los mexicanos, como tributario de ellos desde el mismo reinado, hace también posible el hecho de que *Ocuilan* y *Tenantzínco* siguieran la suerte de los pueblos que pedían ayuda a los conquistadores del Valle de México, que eran obligados a pagar, como aliados, el mismo tributo que pagarían como vencidos, según ocurrió con los pueblos tlahuicas.³ Desde entonces, sin duda ninguna, quedó el pequeño y maltrecho señorío bajo la definitiva soberanía de los mexicanos, has que, sometidos éstos al dominio español, lo fueron aquéllos sin dificultad ni resistencia ninguna, tal vez por el mismo Martín Dorantes, el célebre mozo de Cortés, que ocupó *Teulenango*, siendo después encomendado a Pedro Zamorano y a Antonio de la Torre,⁴ el primero de los cuales vino "en la armada de Pánfilo Narváez, y se halló en la toma y Conquista de la Ciudad de México y de las demás provincias comarcanas, y después en la de Pánuco y Jalisco,"⁵ "Hijodalgo (el segundo) e que estuvo mucho tiempo en el reyno de Granada... y después pasó a la Isla española con Don Diego Colón... (y más tarde) a esta Nueva España."⁶ Mucho habría decaído *Ocuilan*, "grandísimo pueblo" en la Era Prehispánica, según Grijalva,⁷ y como podemos colegir de la importancia de los tributos que les impusieron los aztecas, pues a los pocos años de la conquista, Luis de la Torre, hijo de su primer encomendero, declaraba que era de tan "poco provecho que no alcanzaba a sustentarlo."

Difícil, si no imposible, resulta averiguar cuál o cuáles fueron los nú-

1 Ob. Cit. Página 403.

2 Ob. Cit. Página 27.

3 Ixtlilxóchitl. Historia Chichimeca. Página 196.

4 Papeles de Nueva España. Suma de visitas de pueblos. Tomo I. Página 166.

5 Diccionario Autobiográfico de Conquistadores y Pobladores Icaza. Tomo I. Página 27.

6 Diccionario Autobiográfico, Tomo I. Página 193.

7 Ob. Cit. Fol. 37.

menes adorados de preferencia por los ocuiltecas, durante su vida independiente; pero es indudable que a raíz de su sumisión, pacífica o militar, a los aztecas, les impondrían éstos, según su costumbre, el culto del panteón náhoa, puesto que la ocupación o destrucción del principal templo de los enemigos era para ellos símbolo de dominación; posiblemente en aquel tiempo lo habían adoptado ya, dada su íntima convivencia con los malinalcas, por lo menos en lo que hace a los dioses genuinamente aztecas como *Huitzilopochtli*, *Malinalxochitl*, etc.

El propio P. Francisco de Florencia, que visitó el Santuario de Chalma en 1683, y que pudo recoger las tradiciones más puras de uno de sus fundadores, Fray Juan de San José, nos dice al respecto: "En tiempo de su gentilidad tenían en gran veneración los naturales de Ocuila y sus contornos un ídolo de cuyo nombre, ni aún entre ellos—así por el mucho tiempo que ha pasado, como por la total mudanza de religión, y costumbres—ha quedado memoria alguna. Hay quien piense, que se llamaba Ostoc-Teotl, que quiere decir Dios de las Cuevas; pero es adivinar."¹ *Oztoctcotl*, de *oztoc*, cueva y *teotl*, dios, tan puede ser dios de las cuevas, como dios de la cueva, es decir, el dios adorado en una cueva determinada, por lo cual, tal nombre, que es el que ha conservado la tradición, no nos da ninguna luz, pues pudo ser aplicado a cualquiera de las divinidades indígenas.

Sea de ello lo que fuere, al numen en cuestión se le tributaba un culto ferviente, no exento, tal vez, de supersticiones sangrientas y groseras, aun dentro del concepto religioso aborigen, pues Sahagún nos refiere que los ocuiltecas usaban "muy mucho de los maleficios y hechicerías"² y por lo que hace a los malinalcas, que vivían de Chalma exactamente a la misma distancia de dos leguas que los de Ocuila, su fama en este particular fue bien notoria, puesto que su separación del núcleo azteca se debió precisamente a las hechicerías de *Malinalxochitl*, hermana de su caudillo y después su dios principal, *Huitzilopochtli*; tendencias en la que perseveraron, sin duda, hasta después de la Conquista, pues Durán nos dice de ellos: "A la gente de esta parcialidad han tenido y tienen hasta el día de hoy por brujos y hechiceros, lo que dicen que heredaron y deprendieron de su señora y fundadora de su provincia."³

Pero he aquí que en el año de 1533 llegaron a la Nueva España los monjes agustinos, cuando los frailes menores y los dominicos habían fundado su provincia en las regiones más importantes del país, cabiéndoles en suerte a los recién llegados evangelizar de preferencia a las gentes del Sur, (Morelos, Guerrero y Estado de México); habían llegado para los ocuiltecas y malinalcas la hora de destruir los altares de sus dioses tradicionales y adoptar, de grado o por fuerza, la nueva religión. En el año de 1537, la Orden Agustiniense, que había desplegado gran actividad evangélica por lo natural emulación de

1 Descripción Histórica y Moral del Yermo de San Miguel etc.—por el Padre Francisco de Florencia S. G.—Cádiz—1690. Pág. 5.

2 Ob. Cit. Tomo III. Pág. 130.

3 Ob. Cit. Tomo I. Pág. 23.

las órdenes antiguas, "tomó casa en Ocuila",¹ la víspera de la Pascua del Espíritu Santo.² No están de acuerdo las crónicas en quiénes fuesen los monjes que llevaron a cabo la empresa evangélica, aun cuando la tradición reputa como fundadores en Ocuila, y no sin razón según los argumentos del P. Florencia,³ a Fray Sebastián de Tolentino y a Fray Nicolás de Perea.

Iniciaron su catequesis Fray Sebastián y Fray Nicolás con buen éxito, no sin grandes esfuerzos y contrariedades, pues si la mayoría de los ocuiltecas se rindió a la nueva fe sin gran resistencia, no faltaron fieles a las viejas creencias que la rechazaron con tesón, refugiándose en una gruta escondida y de difícil acceso en la barranca de Chalma, para continuar celebrando sus cultos proscritos. "En esta cueva, nos dice Fray Juan de San José, por mediación del padre Valencia, había erigido la superstición gentílica de los naturales de la provincia de Ocuila un altar, y él colocó el Idolo que dije, en quien sacrificaban a su bárbara usanza al demonio cultos, ofreciéndole olores, y tributándole en las copas de sus cajetes —así llaman sus vasos— los corazones y sangre vertida de inocentes niños, y otros animales de que gustaba la insaciable crueldad del común enemigo. Era mucha la devoción —si se debe llamar devoción la que es superstición— y grande la estima que su engañada ceguera hacía de aquel Idolo, y al paso que era el concurso de varias personas, de cerca y de lejos, que venían a adorarlo y ofrecerle torpes víctimas."⁴

El anterior párrafo nos permite suponer que la divinidad reverenciada en la cueva, sería alguna de las que gozaron de culto universal entre los indígenas del Centro de México, escondida y honrada en el fondo de un cueva por miedo a los castigos que imponían los españoles a los reacios a la cristianización⁵ y no *Oztoleottl*, numen, si lo fue, de tan poca importancia o de carácter tan local, que ninguno de los cronistas, que tan pormenorizadamente consignaron los detalles de las religiones indígenas, lo cita; pues no es verosímil que viniese gente "de lejos" a adorar a un diosecillo provinciano. El hecho de que su destrucción mereciera, como adelante veremos, un milagro y un gran santuario, nos confirma en el anterior concepto, pues milagros y santuarios, *siempre* se realizaron y erigieron en los antiguos centros de la piedad vernácula más ungidos por la veneración popular.

Habían transcurrido largos meses y aún años, sin que la predicación de los agustinos lograra arrancar de las almas ocuiltecas las profundas raíces del antiguo credo, que alimentaban silenciosa, pero tenazmente, los viejos *teopizque*, respetados aún y temidos por las masas nativas,⁶ cuando supieron por boca de los solícitos neófitos, que el principal impedimento para el logro de sus fines apostólicos, radicaba en el culto fraudulento del ídolo de

1 Grijalva. Ob. Cit. Fol. 36.

2 Florencia. Ob. Cit. Pág. 6.

3 Ob. Cit. Pág. 9.

4 Florencia, Ob. Cit. Pág. 7.

5 Florencia Ob. Cit. Pág. 51 y 52.

6 Publicaciones de la Comisión Reorganizadora del Archivo General y Público de la Nación—Apéndice—Fragmento de un proceso contra los indios de Ocuila—México 1910.

la cueva de Chalma. Acudieron presurosos a vencer el peligroso obstáculo; agotaron la cálida elocuencia de su palabra fervorosa y los más sutiles recursos de la dialéctica, atemorizando a los tímidos, sin convencer a los rebeldes, que daban largas al mandato de destruir la imagen de su dios y suspender su adoración. ¹ No cesaron por ello los buenos frailes, prometiéndose insistir con más energía; pero era necesario para conseguirlo que aconteciese algo insólito que hiriera la imaginación aborigen, tan propensa a lo maravilloso... y el milagro se realizó.

Al día siguiente, Pascua del Espíritu Santo, ocho de mayo o veintinueve de septiembre —las tradiciones no están de acuerdo en lo particular, por lo cual se ha tomado el discreto partido de celebrar las tres— del año de 1540, ² cuando Fray Nicolás de Perea y Fray Sebastián de Tolentino, cargando sobre sus hombros la pesada cruz de madera que debía substituir al reverenciado *Oztoctoll*, llegaron a la cueva acompañados de los entusiastas neófitos, con ánimo de acometer la peligrosa empresa ante la atónita mirada de los idólatras contristados, pesarosos de ver rodar por el suelo el último vínculo que los unía al pasado, encontraron ¡Oh prodigio! que sobre los fragmentos del pétreo numen se erigía magestuosamente la imagen del Crucificado, en admirable talla de tamaño natural: ³ monjes, fieles e idólatras se prosternaron anonadados ante el portento.

La última resistencia para la cristianización estaba vencida y aunque no faltó antaño, ⁴ ni faltarán seguramente hogaño, quienes en vez del milagro, admi- ren la valentía de los intrépidos frailes, que con todo recato, seguramente protegidos por las sombras de la noche, se aventuraron desde su convento hasta la cueva por los despeñaderos de la hostil barranca, con el pesado crucifijo a cuestas, para inclinar con la inocente ficción de la intervención divina el ánimo de los aborígenes al cristianismo. Pero la hipótesis de los escépticos no hizo al parecer prosélitos, pues el Dr. Fray Juan de Magallanes, Prior del Convento de Chalma y autor de una de las historias del Santuario, nos dice: "El Padre Fr. Pedro Tenorio que se halló presente en la declaración que hicieron los indios ante el R. P. Mro. Fr. Joseph Torres, el P. Fr. Juan de Guía, el P. Fr. Pedro Tenorio y el P. Fr. Tomás de Córdova, dice que Don Diego Lucas, indio principal, natural de Chalma, declaró haber oído a sus antepasados, que los indios habían llegado antes —esto es antes que los padres— a continuar en sus idolatrías y que fue tal el esplendor que salía de la Cueva que temerosos no se atrevieron a entrar en ella." ⁵ Y la tradición, encontrando más bella y consoladora la leyenda que la posible realidad, la consagró con la devoción inquebrantable de más de tres siglos.

Más de sesenta años habían transcurrido desde que el "Señor de Chalma"

1 Florencia Ob. Cit. Pág. 12.

—2 Florencia Ob. Cit. Pág. 62.

3 Florencia Ob. Cit. Pág. 14 y siguientes—Sardo. Pág. 17 y siguientes.

4 Florencia Ob. Cit. Pág. 18-Sardo. Pág. 26 y siguientes.

5 En Sardo Ob. Cit. Pág. 43.

fue encontrado en la cueva de la barranca, sin que sus devotos, principalmente indígenas, ni los monjes de Ocuila que le tributaban un culto irregular, hubieran puesto la primera piedra del que llegaría a ser el famoso santuario ¹ hasta que consagró su vida a la piadosa tarea Bartolomé Hernández de Torres y Hernández, mestizo de Jalapa, en quien el ocasionado vivir y el alegre tráfago de la arriería, a la que se dedicó por muchos años, no pudieron vencer la tenaz vocación eremítica que lo llevó al Yermo de Chalma, y, más tarde, a la Orden del Dr. de la Iglesia de San Agustín, de la que fue honra y ejemplo con el nombre de Fr. Bartolomé de Jesús María. ²

Venciendo dificultades sin cuento, con las pequeñas limosnas de los fieles, por entonces raros y míseros, convirtió Fr. Bartolomé la venerada cueva en una primitiva y modesta capillita, edificando poco a poco, en el transcurso de los treinta años que moró en el Yermo, un conventículo, hospederías para los peregrinos y una escalinata, con escalones y pasamano de piedra, para facilitar el peligroso acceso a la capilla, enclavada como un nido de águila en la ladera de la barranca. ³

El prestigio creciente del Cristo de la Cueva y de sus nunca igualados milagros (relatados, certificados y agradecidos en las leyendas de los ex-votos, ingenuamente ilustrados, muchas de las cuales existen todavía), en particular el que hizo posible el formidable salto de más de cien metros, barranca abajo, que diera, perseguido por la Santa Hermandad a causa de sus espantosos delitos, el famosísimo bandolero llamado en su época "El Príncipe de los Montes," con sólo invocar la ayuda del "Señor de Chalma" en el momento de lanzarse al vacío; ⁴ y la reconocida santidad de Fr. Bartolomé, que aligerando el peso corporal del siervo de Dios por virtud del éxtasis piadoso, le permitía desprenderse del suelo, manteniéndose en el aire mientras oraba, prodigio del que fue testigo, entre otras muchas personas, un fraile descalzo de la Orden Seráfica, que tuvo la suerte de contemplarlo con gran edificación de su alma, ⁵ y más aún, las divinas prerrogativas que le fueron otorgadas al santo varón por la pureza de su vida y su indestructible fe, "como son, gracia para hacer milagros, don de sanidad (de curar a los enfermos), autoridad con los malos para hacerlos buenos y con los buenos para hacerlos mejores," ⁶ transformaron en pocos lustros el Yermo abandonado e inhospitalario, en uno de los santuarios más famoso del Nuevo Mundo.

Muerto Fr. Bartolomé de Jesús María, "en olor y fragancia de santidad," sepultado en "la cueva del Santo Crucifijo donde vivió enterrado" y cuya roca se reblandeció para recibirlo ⁷ su discípulo y compañero de austeridades Fr. Juan de San José, continuó con fervor la obra emprendida. La afluencia de peregrinos, deseosos de gozar de los favores que el cielo con-

1 Florencia. Pág. 44).

—2 Florencia. Págs. 79 y siguientes.

3 Florencia. Págs. 42 y siguientes.

4 Sardo. Págs. 53 y siguientes.

5 Florencia. Pág. 111.

6 Florencia. Pág. 127.

7 Florencia. Págs. 213 y siguientes.

cedía por mediación del "cuerpo incorrupto" de su siervo, lo obligaron a convertir en capilla otra de las cuevas próximas a la del "Señor de Chalma," dedicándola a la Purísima Concepción. ¹ Otro monje agustino cuyo nombre no citan los cronistas, hizo lo propio con la tercera cueva, que fue consagrada a la Virgen de Guadalupe. En cada una de estas capillas se colocaron andando el tiempo, "dos estatuas de buena talla de los dos famosos ermitaños, primeros moradores de este santuario, Fr. Bartolomé de Jesús María y Fr. Juan de S. Josef, puestos de rodillas y con aparato de penitencia, como tan insignes que fueron en ella." ²

Con la construcción de la capilla del Calvario que se yergue aislada, a lo lejos, en la barranca fronterera a la que sirvió de asiento el santuario, de varias pequeñas ermitas o estaciones distribuídas de trecho en trecho para el *Vta Crucis*, y de la Capilla de San José, edificada, aprovechando, también, una cueva natural, y que ha quedado en la actualidad como cripta, debajo del prebisterio del Convento, destinada para enterrar en ella a los religiosos; obras de diferentes épocas y personas, completan por lo que se refiere a los materiales, el primer período de la historia del Santuario. ³

Fundóse definitivamente en el yermo de Chalma el convento agustino, por iniciativa de Fray Diego de Velázquez, Vicario Provincial Interino, por entonces, de la Orden, quien trazó personalmente los planos del edificio. Vióse obligado Fr. Diego, por la peculiar configuración del terreno, a dejar fuera de su recinto la sagrada cueva, bien pequeña ya para contener a los innumerables peregrinos, por lo cual hubo necesidad de trasladar el crucifijo del "Señor de Chalma" al nuevo templo, el día de su dedicación, cinco de marzo de 1683 ⁴ en cuyo altar mayor se colocó "en un nicho de plata, a todo costo y de tres vistas —o en ochavo— cuyos claros de alto abajo se hallan cubiertos de vidrieras de muy fino cristal y el fondo entapizado de terciopelo morado, guarnecido de galón ancho fino de oro." ⁵ Sitio en que permaneció, recibiendo los homenajes de los romeros, hasta que fue destruído por un incendio a fines del siglo XVIII, formándose con sus restos la imagen que en la actualidad se venera como original. ⁶

La obra continuó paulatinamente hasta fines del antepasado siglo, ampliándose de tiempo en tiempo, conforme lo demandaban las necesidades, los claustros y las enormes hospederías que causan en la actualidad nuestra admiración. A esta obra contribuyeron numerosos priores cuyos nombres figuran en los archivos y libros de "Fundación" de Chalma, señalándose entre ellos el R. P. Doctor y Mtro. Fr. Juan de Magallanes, quien el año de 1730, entre otras obras importantes de diversa índole, amplió el presbiterio dándole la extensión que tiene hoy ⁷ así como muchos maestros de obras (lo

1 Valencia. Pág. 56.

2 Sardo. Pág. 97.

3 Florencia. Pág. 97 y siguientes.

4 Florencia. Pág. 67 y siguientes. Sardo, pág. 105 y siguientes.

5 Sardo. Pág. 128.

6 Fortino Hipólito Vera. Pág. 123.

—7 Sardo. Pág. 130.

cual salta a la vista al considerar las construcciones yuxtapuestas de estilos y épocas diversas que integraron el edificio), tal vez monjes del convento en su mayoría. Hasta Tolsa, el genial arquitecto de fines del siglo XVIII, posiblemente colaboró a su embellecimiento, por lo menos, pues así lo asegura una tradición conceptuada como verídica entre los agustinos. El peculiar estilo neoclásico de la portada y algunos detalles decorativos frecuentemente usados por él, hacen muy probable su ineervención, máxime cuando los planos de la obra fueron enviados de México y ejecutados por el maestro José María Cordero, según los libros de "Fundación" de Chalma, quien más de una vez trabajó bajo las órdenes del gran artista.

La presencia de los agustinos, que por aquellas décadas gozaban de gran prestigio en la Nueva España, hicieron que la fama del santuario se extendiese rápidamente por todo el país y que la devoción del "Señor de Chalma," cundiera entre los españoles y los mestizos que anteriormente no le habían dado gran importancia, como lo prueba el informe del R. P. Predicador Jubilado y Misionero apostólico Fr. Manuel Gutiérrez, dirigido al Papa Benedicto XVI, en 1752, por medio del cual se obtuvo para el de Chalma las indulgencias discernidas a los más notables santuarios, y, principalmente, la "información jurada," en la que hubieron de declarar 19 testigos de lo más esclarecido de la Colonia, ratificada por el Arzobispo de México Dr. Alonso Núñez de Haro y Peralta, que le mereció el título de Real Convento y Santuario de Nuestro Señor Jesucristo y San Miguel de las Cuevas de Chalma, otorgado por Carlos III el 6 de septiembre de 1783, cuyo honor lo colocó bajo la inmediata protección real, confiriéndole todas las prerrogativas y preeminencias usuales.¹ Sin embargo, la lejanía de la ciudad de México y lo dificultoso de los caminos de herradura que a él conducen, le enajenaron bien pronto la devoción de las clases altas y en general la de los criollos y los mestizos, siendo en la actualidad muy pocos los que saben, siquiera, a punto fijo, el lugar en que se halla.

Por el contrario, el Santuario de Chalma desde su fundación desempeña un papel importantísimo en la vida emotiva de nuestros aborígenes, especialmente los del centro de México. Una vez al año, en cualesquiera de las tres fechas citadas, sanos y enfermos (pues para obligar su inalterable devoción, los solícitos padres cuelgan el cordón umbilical de los recién nacidos, en el célebre ahuehuete del camino de Chalma a Ocuila), a pie o en pacientes burritos, cargando a los niños y llevando al santo familiar "que va a visitar al señor," apretado contra el pecho; con dinero suficiente para un cómodo viaje o comiendo tortillas duras para guardar avaramente el dinero indispensable para la limosna, la cera el escapulario, la estampita y la "medida de la cabeza del Señor de Chalma," nuestros aborígenes:

De "México y de Toluca;
De Tenancingo y Pachuca,
Amequeños y poblanos. . . .

¹ Sardo. Pág. 114 y siguientes.

De Cuernavaca y de Iguala
 De Zacualpan y Angangueo....
 Y los de Tasco y Tetecala,
 De Ixmiquilpan y Quetzala....
 De Yautepec y Amatlán''

(Tierno Despedimiento del señor de Chalma), cruzan las veredas ordinariamente frecuentadas por las fieras, acelerando la marcha, con el ánimo ligero, aguijoneados por el deseo de llegar al Santuario, sin atreverse siquiera a mirar para atrás, por miedo de convertirse, como la mujer de Loth, en estatuas de sal.

Alojados en inocente promiscuidad en las hospederías, en los corredores del convento, en los pasadizos, en el claustro y aun en las caballerizas, pues en el Santuario positivamente son amos y señores; o acampados al aire libre, en tiendas a la manera de los beduinos, hechas de sarapes y de rebozos, en las laderas de las barrancas, en el pueblecito de Chalma, en todas partes, en fin, cincuenta o sesenta mil indígenas, renovados de tiempo en tiempo durante los tradicionales nueve días de la fiesta, dan color, animación y movimiento verdaderamente extraordinarios, al encantador paraje, ordinariamente desierto.

Ante el Señor de Chalma bailan constantemente, incansablemente, danzas que nos hacen pensar en las ceremonias rituales y en los "areitos" de las religiones prehispánicas; ante el señor de Chalma tocan en instrumentos indígenas, guitarras de concha de armadillo, flautas de carrizo parecidas a las chirimías y burdos tambores, indefinidamente, con una melodía suave, por lo general lograda con la combinación de cuatro notas tan sólo, o con una portentosa e inusitada armonía, sones monótonos y primitivos de enorme fuerza sugestiva; ante el señor de Chalma cantan alabanzas sencillas, cándidas y fervientes, en las que la pronunciación y el acento indígenas cautivan extrañamente, moduladas por las vocecitas de niños y niñas que tienen una encantadora ternura.

Ante el señor de Chalma se representan, todavía, los autos y las farsas de "Moros y Cristianos", introducidas a raíz de la Conquista por los misioneros, en las que el Apóstol Santiago y sus legiones benéficas vencen al espíritu del mal y de la idolatría; ya con sutiles razonamientos teológicos; ya con espantables combates a machetazos que duran horas enteras, haciéndonos pensar en posibles hecatombes, sin embargo de que, por la extraña habilidad de los indígenas en esta esgrima empírica, rara vez llega a ocurrir accidente de importancia.

Al señor de Chalma le cuentan todas las congojas recónditas, todas las dificultades del hogar, todas las penas de la dura existencia de parias y le piden todas esas pequeñas cosas que constituyen, de conseguirse, la felicidad de un aborigen: la lluvia a tiempo para la "milpa" (sementera de maíz) de temporal, el retorno al hogar del hijo que se llevaron de "juan" los del Gobierno, la salud de la burra que enflaquece cada día a fuerza de trabajo, y después de haber visitado el "Ara Santa", después de haberse bañado en

el río de Chalma, Ganges mexicano, y bebido gran cantidad de agua de los manantiales benditos, para disfrutar de salud durante el año; después de visitar las sagradas cuevas y de comprar el mayor número posible de reliquias, salen los peregrinos caminando ritualmente hacia atrás, despidiéndose del señor de Chalma y de su querido Santuario, el alma llena de tristeza y los ojos de lágrimas, cantando los incomparables versos de el "Tierno Despedimiento", por los caminos abruptos y solitarios de la serranía olvidando el cansancio presente y el agobiador trabajo que les espera en la pobre aldea o en la hacienda hostil y haciendo resonar el eco de los montes con la dulce plegaria:

¡Adiós Claustro y torrecitas
 Y también hospedería!
 ¡Adiós, hermosa agua fría
 Y sonoras campanitas!
 ¡Adiós lindas crucecitas
 hechas de madera fina!
 ¡Adiós fuente cristalina,
 Otra vez venir espero!
 ¡Adiós imagen divina,
 hasta el año venidero!

 ¡Adiós Chalma, dulce imán,
 hasta el año venidero!

México, marzo de 1925.

MIGUEL O. DE MENDIZABAL.

